



RETABLO DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE XAVIER ICAZA

Ejemplo de Guadalupanismo en los años treinta

Margarita Alegría de la Colina*

“ La historia antigua de México empieza en mito y termina en profecía”, apunta David Brading en su introducción a la obra cuyo título resume esta hipótesis; yo diría que no sólo la historia antigua y, sin duda, no sólo la de México. Los mitos se reactualizan y las profecías se regeneran ante las diversas circunstancias históricas.

En el siglo XVI, Motolinia identificó al pueblo mexicano como el nuevo Israel, ya que después de muchas vicisitudes alcanzó la Iglesia cristiana: tierra prometida. Jerónimo de Mendieta, su discípulo, definió a Cortés como el nuevo Moisés, guía de dicho pueblo a Tierra Santa. Con esas teorías se sentaban las bases del cristianismo americano.

Más tarde Lorenzo Boturini y fray Servando Teresa de Mier, entre otros, declararon que ese cristianismo tuvo sus raíces en estas tierras aun antes de la llegada de los españoles. Con base en esa tesis fray Servando se atrevió a decir en el sermón que pronunciara hacia 1794 en la Basílica del Tepeyac (luego del descubrimiento de la Piedra del Sol en la Plaza Mayor), que fue el apóstol Santo Tomás, quien había predicado en el Nuevo Mundo, el que imprimió mila-

*Profesora-investigadora de tiempo completo en el Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco

grosamente la imagen de la Virgen María en la tilma de Juan Diego. El antecedente de esta interpretación eran las teorías de Ignacio Borunda, según las cuales, a través de los símbolos, el calendario azteca describía la fundación de México por Santo Tomás-Quetzalcóatl.

Teresa de Mier aseguraba que los indios cristianos habían venerado desde antes de la Conquista a la virgen del Tepeyac, cuya imagen tuvieron que ocultar, y que esa deidad se apareció después a Juan Diego para revelar el paradero de su efigie. Aquel sermón le costó a fray Servando, veintiún años de exilio.

Antes de fray Servando, fue exiliado Boturini por haber hecho, sin autorización canónica, una colecta para coronar a la Guadalupana; por lo que se le imputó haberse metido en un asunto de Estado. Jacques Lafaye señala a Boturini como “la primera víctima ilustre de la prohibición guadalupanista

mexicana.”² El de la Guadalupana empezó a ser un asunto de Estado. Del Estado-nación mexicano “en pañales”.

En realidad la exaltación a la Guadalupana se manifestó mucho tiempo antes del sermón de fray Servando, y se ha mantenido viva hasta nuestros días; porque, como ya señalaban algunos pensadores desde principios del presente siglo, esta virgen se fue constituyendo en uno de los símbolos, quizás el más poderoso, de la identidad nacional.

Lafaye³ justifica el éxito del mito guadalupano al decir que satisface una de las dos necesidades que tienen las sociedades en todas las épocas: remedir el sentimiento de orfandad. La otra es la de legitimidad, para cuya justificación se generaron las teorías de la identidad entre Quetzalcóatl y Santo Tomás, apoyadas entre otros por el sabio Carlos de Sigüenza y Góngora.

La Guadalupana remedia entonces el sentimiento de orfandad, de allí que Octavio Paz señale: “La creación más compleja y singular de Nueva España no fue individual sino colectiva, y no pertenece al orden artístico sino al religioso: el culto de la Virgen de Guadalupe”.⁴ Guadalupe aparece en Nueva España, ese edén idealizado por Bernardo de Balbuena en su *Grandeza*

de México, lugar ideal para ser elegido por la madre de Dios, en 1531.

Respecto a otros registros sobre la existencia de la Guadalupana: Bernal Díaz del Castillo, en su *Verdadera historia...*, se refiere a cierta imagen devota que hacía muchos milagros, pero no afirma que fuera una aparecida. Sahagún habla de Tonantzin y Guadalupe; pero no de las apariciones; más bien advierte que si los indígenas acuden al Tepeyac es a venerar a aquella Tonantzin antigua.

Francisco de la Maza declara que "todos los franciscanos del siglo XVI no sólo «dudaron» del milagro guadalupano, sino que lo negaron abierta y francamente".⁵

El primer testimonio español de que se tiene noticia respecto a la aparición es, según De la Maza, el que Juan Suárez de Peralta (1537- ¿1590?) da en su *Tratado de Indias*. En cambio, Martín Enriquez, quien fuera virrey de Nueva España entre 1568 y 1580, se refiere a esa virgen como producto de la fe y la creencias populares. Por otro lado, en ciertos testamentos de difuntos se comprueba la fe por esta virgen, ya que se heredan bienes materiales para su iglesia.

En el siglo XVII el guadalupanismo se nutrió tanto del sentimiento indígena, como del mestizo y del criollo; pero ciertamente los criollos le dieron puesto definitivo en la historia de México a este fenómeno. Fue para ellos un baluarte en la construcción de una nación propia, independiente de España. Al respecto, David Brading señala:

Durante el siglo XVII, el clero mexicano encontró un vehículo más poderoso para su celo patriótico que la mera contemplación de la civilización indígena o la especulación acerca de Santo Tomás. Descubrió a Nuestra Señora de Guadalupe.⁶

Francisco de la Maza menciona a cuatro escritores como los "evangelistas de Guadalupe": los presbíteros Miguel Sánchez (en 1648 publicó el primer libro impreso sobre la Guadalupana), Luis Lasso de la Vega y Luis Becerra

Tranco, y el jesuita profeso Francisco de Florencia. En 1950, año en que De la Maza publicó su obra, se refiere a estos cuatro religiosos como los portadores de la "intuición espléndida que inicia una esperanza de intereses comunes, independientes y radicales". A esto, precisamente, dice De la Maza, le llamamos nacionalismo.⁷

En 1779 Juan Bautista de Muñoz fue encargado por el rey de España para escribir una historia de América. Como producto de sus indagaciones publicó



las *Memorias sobre las apariciones y culto de Nuestra Señora de Guadalupe de México*, texto calificado por él mismo como "discurso crítico" (inicialmente éste era su título), y con el alimentó la historiografía antiaparicionista.

En respuesta a Muñoz escribieron Manuel González Marín (*Defensa de la Guadalupana...*, 1819) y Carlos María Bustamante (*La aparición de la Guadalupana en México vindicada de los*

defectos que le atribuye el Dr. D. Juan Bautista Muñoz, 1843).

Ya en la segunda mitad del siglo XIX encontramos una actitud crítica en el cuestionamiento que Joaquín García Izcabalceta hiciera en su *Carta acerca del origen de Nuestra Señora de Guadalupe*, publicada en 1896, en la cual manifiesta que las declaraciones hechas bajo juramento por indígenas ancianos, interrogados en 1666, quienes supuestamente conocían del milagro por relatos de sus padres y abuelos, no eran confiables; pues resultaba muy dudoso que antes de ser cuestionados por los enviados de Roma, nunca hubieran hablado del hecho.

La mayoría de las obras de tema guadalupano publicadas a principios del siglo XX debían imprimirse bajo decreto de autoridades eclesiásticas, y casi todas eran loas y reescrituras de los milagros y apariciones de la Guadalupana.

En 1931 Francisco Fernández del Castillo, Rafael García Granados, Luis MacGregor y Lauro E. Rosell, publicaron *México y la Guadalupana. Cuatro siglos de culto a la patrona de América*.⁸ Estos autores dicen haberse propuesto una obra popular donde incluyen "uno que otro comentario, esta o aquella cosa, tal o cual hallazgo que puedan ser o no novedosos, rehuendo adrede todo motivo de discusión". Sin embargo, su obra tiene un capítulo sobre la importancia social del fenómeno guadalupano, donde dicen:

...La idea de patria que tiene el habitante de un pueblo, casi se circunscribe al horizonte que alcanzan a ver sus ojos, al terreno que cultiva, a la casuca en que mora, a la iglesia a que acude en solicitud de consuelo divino. En la época colonial los naturales se refugiaban en su fe guadalupana, ocurrían a la Virgen en pos de alivio contra los brutales maltratos de los encomenderos y de sus "calspixques", en un principio y de los corregidores más tarde; en la independiente, los pobres indios pedían la ayuda de la madre de Dios para mitigar sus penares por las ofensas y exacciones de los caciques y de los pobladores, más crueles aún que los mismos encomenderos.

Siempre fue la Virgen mexicana el paño de lágrimas de estos infelices. Por ello, cuando el Cura Hidalgo enarboló como senseñanza de libertad el estandarte con la efigie de la Guadalupana, respondieron a su llamado miles de humillados, fincando así, en su amor por la Virgen, el símbolo de la nacionalidad y de la raza y el odio a la opresión.

La Guadalupana es ahora emblema de una unidad técnica y religiosa. Su culto se extiende cada vez más a los confines meridionales de América, y las peregrinaciones que origina sirven de ocasión para intensificar el mutuo conocimiento y la fusión espiritual de aborígenes, mestizos y criollos, y para motivar una importante compenetración racial.

Alguien ha dicho que el día en que acabe en México la fe en la Virgen del Tepeyac, será cuando no quede ni recuerdo de nuestra nacionalidad.¹⁰

Fue precisamente en 1931 cuando Xavier Icaza publicó el *Retablo de Nuestra Señora de Guadalupe*.

Este autor nació en Durango en 1892 y murió en la ciudad de México en 1968. Fue abogado, publicista y diplomático. Catedrático, periodista y escritor, a decir verdad, de escasos méritos. Ramón Xirau, en la presentación que escribió a la obra de Icaza *De Chalma a los Remedios*,¹¹ se refiere al carácter difuso de la obra de este autor como disparidad: “disparate intencional y a la vez diversidad de sus géneros inventados...”

Disparidad es la palabra. La verdad es que en la obra de Icaza hay discrepancias de estilo y poca calidad literaria. En forma eufemística Xirau le escatima la categoría de literatura cuando declara:

A veces la literatura se desvitaliza a fuerza de querer ser literatura. Las letras de Icaza (al pie de la letra) se vitalizan al querer ser simple y llanamente la expresión de un hombre que quiere platicadamente, comunicar su vida a todos los hombres.¹²

Es interesante, sin embargo, cómo en el *Retablo de Nuestra Señora de Guadalupe*, quien fuera maestro en las universidades de Jalapa y Nacional de México, director general de Educación Estética y Extraescolar de la SEP y

Ministro de la Suprema Corte de Justicia, reescribe el mito de la Virgen de Guadalupe, y no precisamente con el fin de repetirlo para mantenerlo en pie como uno de los arquetipos de nuestro nacionalismo; sino porque estaba verdaderamente imbuido en él.

Icaza fue un católico convencido. En este sentido Xirau declara: “Fue también, y mucho más profundamente de lo que podía pensar, hombre religioso. Me atrevo a decir que es precisamente este espíritu religioso el que preside toda su obra”.¹³



En resumen el *Retablo* trata de lo siguiente:

En la primera jornada, el autor plantea el tránsito de la creencia en Tonantzin a la veneración por la Guadalupana como algo casi natural, asimilado tranquilamente por la comunidad indígena, concretamente la femenina. Esto debido, por un lado, a la necesidad de la figura maternal protectora que la Tonantzin representaba y, por otro, a un cristianismo ya asumido. Mientras una “indita” invoca:

“Tonantzin, mi Tonantzin, ¿en dónde estás, nuestra madre, madrecita nuestra?”

Otra le recuerda:

“Es pecado hablar de Tonantzin. Dice el Tatito Motolinia que era un ídolo, engendro del demonio”.

Y tercia una más:

“Sí, es pecado. Ha llegado a nosotros el verdadero Dios. Nuestro padrecito Jesús sacramentado” (p. 2).

La primera insiste sin embargo:

“Nos hace falta nuestra madre, estamos huerfanitas. Se ve desierto el valle. Falta el calor de su santa presencia...”

Entonces un grupo de “inditas” aconseja:

“Hay que tener fe y esperanza como nos dicen los padrecitos franciscanos. La Santa Virgen madre del verdadero Dios, es también nuestra madre, y nos ha de amparar, y ha de venir hacia nosotros con su divino manto” (pp. 9-8).

Intervienen entonces dos coros de mujeres que repiten:

“Nos hace falta nuestra madre, estamos huerfanitas”.

“Y un franciscano, que recomienda tener fe y arrodillarse a orar. Al final las “inditas” piden:

“Ven a nosotros Santa María madre de Dios, bendita eres entre todas las mujeres, madrecita nuestra... ven a nosotros. Ya no podemos más” (p. 9).

En la segunda jornada un coro de ángeles aboga ante la Virgen María para que ayude a los “nuevos cristianos”. Claro que el lado más débil, más vencido y necesitado son las mujeres; así que el coro pide a María que su “celestial, santa e inmaculada imagen sea (*sic*) para siempre al lado de esas pobres indias tan miserables, tan necesitadas, tan sencillas” (p. 13).

La voz de la Virgen asiente:

“Debo acercarme a mis hijos morenos. Debo llegarme a ellos y que por siempre sientan mi maternal presencia protectora” (p. 14).

La Virgen llama a fray Angélico, quien “siempre ha sabido pintarme con estrellas y flores...” Este le responde:



“...no necesitaré de tintas ni pincel. Bastará con tus rosas y tu dulce sonrisa para que nos regales con tu más suave milagro” (p. 15).

Al final de esa jornada un coro de vírgenes canta:

“Bendita entre todas las mujeres..., preferida de Dios, reina del cielo... Madre amantísima y deseada de nuestros nuevos cristianos” (p. 16).

Aquí los cristianos ya no desean la presencia de Tonatzin, sino la de María.

De la jornada tercera a la novena se relatan las apariciones de la Virgen a Juan Diego, y la incredulidad de los religiosos hasta que María advierte al indio que tendrá la señal que le pide el prelado. Entonces el coro de ángeles dice:

“Y se hará así patente la grandeza de Dios y su bondad, y el amor maternal de su Divina Madre hacia sus miserables hijos morenos y a esta desamparada tierra donde por tantos siglos reinara la más atroz idolatría” (p. 49).

Ese mismo coro ha de decir:

“Y donde fuera el asiento de cruel idolatría, y donde reinara la abominable Teotonantzin, presidirá para siempre los destinos de Anáhuac nuestra dulce, nuestra amada, nuestra Santa María...” (p. 55); “presidiré para siempre los destinos de Anáhuac nuestra dulce María bajo su advocación guadalupana” (p. 56).

Cuando el milagro se consuma y la tilma de Juan Diego cae frente al obispo Zumárraga dejando ver la efigie de la Guadalupana, éste ha de decir:

“No ha hecho nada semejante por

ninguna nación sobre la tierra, alegrémonos, demos gracias a Dios” (p. 62.)

En la jornada décima la imagen de la Virgen María aparece ya en el altar, y allí las mismas “inditas” del principio de la obra diciendo:

“Milagro (...).

-Ha aparecido nuestra madre.

-Se halla de nuevo entre nosotras.

-Atendió nuestro ruego” (p. 67).

Ese “de nuevo” remite a la Tonatzin y, desde luego, al sincretismo que los indígenas hacían entre esas dos deidades.

Un segundo grupo de indígenas enfatiza:

“Y es la Virgen morena, la Virgen de nosotros, nuestra limpia señora, Nuestra Madre, la Virgen de nosotros los indios, Nuestra Madre”.

Pero una voz lejana y profunda sentencia:

“Ha muerto para siempre Teotonantzin”.

En la jornada undécima, en la primera ermita ya terminada en el Tepeyac, aparece el obispo diciendo.

“¡No ha hecho nada semejante por ninguna nación de la tierra” (p. 73).

Un coro de indios recomienda: “Demos gracia a Dios, no cesemos de adorar a nuestra Virgen India” (*loc. cit.*).

Narra el autor en esta misma jornada cómo la Virgen salva la vida a un indio cuyo cuello fue atrevasado por una flecha mientras luchaban mexicanos y chichimecas porque “(...) María ha santificado Anáhuac (*sic*) con su dulce presencia” (p. 78).

Entonces, algo insólito, una voz infante desde Roma apunta:

“Porque es la Madre de los Indios, la Patrona de México, la Reina de las nuevas tierra conquistadas” (*loc. cit.*).

Y el obispo de nuevo: “Nuestra Madre María de Guadalupe que no hizo nada semejante por ninguna nación sobre la tierra. demos gracias a Dios y encomendemos a la Virgen nuestro suelo” (pp. 78-79).

Por si fuera poco “El eco del Valle y de las Montañas” reitera: “Porque no hizo nada semejante por ninguna nación sobre la tierra” (p. 79).

La jornada duodécima se ubica en las celebraciones del cuarto centenario de la aparición de Guadalupe.

“El triste y buen pueblo mexicano se reúne a festejar a su patrona”.

El autor describe:

Sobre la entrada de la antigua basílica se reproduce la ermita primitiva. Desde su tabernáculo de plata, María Guadalupe preside la reunión.

A la derecha, colgado de un puesto popular, un gran sarape de Oaxaca con los colores de México y de María de Guadalupe.

Cerca, un trovador entona su corrido de ocasión al son de arpa de mano y jarana. Del otro lado, al compás del corrido, un grupo de indios baila inexpresivo y hierático (última página sin número).

El tono del autor no es crítico cuando se refiere a la “atroz idolatría” de los indígenas por Tonantzin, ni irónico cuando expresa insistentemente que María “no hizo nada semejante por ninguna otra nación”.

La postura del autor parece acorde



con la supuesta salvación de los indígenas gracias al cristianismo. Menciona el sincretismo y el cómo éste persiste cuando los indígenas bailan el 12 de diciembre en la Villa “inexpresivos y hieráticos”, pero como un hecho que no pone en duda el de la salvación cristiana.

Ese sincretismo que apunta Icaza en su *Retablo*, es analizado en 1950 por Francisco de la Maza en su libro *El guadalupanismo mexicano*. Este autor advierte ya que su “modesto ensayo historiográfico es para intelectuales y no para el pueblo”,¹⁴ y en él explica cómo

La Virgen de Guadalupe comenzaba a ser *nuestra madre*, que sustituía a la otra *nuestra madre*, a la Tonantzin prehispánica adorada allí antes y que tenía para el pueblo, para el indio, mucha más razón de ser que Loreto, Atocha, Covadonga o cualquier imagen europea.¹⁵

Se han sucedido en años recientes estudios de mexicanos y extranjeros, que abundan sobre el fenómeno del guadalupanismo. Entre otros lo trata Roger Bartra¹⁶ en *La Jaula de la melancolía* (capítulo “A la chingada”): se refiere a él David Brading en *Los orígenes del nacionalismo mexicano* y en *Mito y profecía en la historia de México*, y lo desarrolla concienzudamente Jacques Lafaye en su erudito estudio *Quetzalcóatl y Guadalupe*.

Sin duda el *Retablo* de Icaza es una más de las manifestaciones de devoción a la Virgen de Guadalupe, expresión de

nuestro nacionalismo. Esas demostraciones las hemos visto y veremos por mucho tiempo el 12 de diciembre en la Basílica, a pesar de la globalización económica y el advenimiento del postnacionalismo

NOTAS

¹ David Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, trad. Tomás Segovia, México, Vuelta, 1988, p. 15.

² Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, trad. Ida Vitale, México, FCE, 1977, p. 358.

³ Véase *Ibid.*, pp. 25 y ss.

⁴ *Ibid.*, p. 21.

⁵ Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa y Obregón, 1953 (México y lo mexicano), p. 18.

⁶ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, 2a. ed., México, Era, 1988 (Problemas de México), p. 27.

⁷ De la Maza, *op. cit.*, p. 41.

⁸ Francisco Fernández del Castillo, Rafael García Granados, Luis Mac-Gregor y Lauro E. Rosell, *México y la Guadalupeana. Cuatro siglos de culto a la patrona de México*, México, s.e., 1931.

⁹ *Ibid.*, pp. 73-74.

¹⁰ Xavier Icaza, *Retablo de Nuestra Señora de Guadalupe*, México, Editorial Cultura, 1931.

¹¹ Véase *Idem*, *De Chalma a los Remedios*, México, Ediciones de Andrea, 1963 (Los presentes, 94).

¹² *Ibid.*, p. 10.

¹³ Ramón Xirau, *Xavier Icaza, Homenaje de la SEP*, México, 1970, p. 22.

¹⁴ De la Maza, *op. cit.*, p. 10.

¹⁵ *Ibid.*, p. 15.

¹⁶ Véase Roger Bartra, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del*

mexicano, 4a. ed., México, Grijalbo, 1991, pp. 205-224.

BIBLIOGRAFÍA

Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, 4a ed., México, Grijalbo, 1991 (Cultura y sociedad).

Brading David, *Mito y profecía en la historia de México*, trad. Tomás Segovia, México, Vuelta, 1988.

— *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, 2a. ed., México, Era, 1988 (Problemas de México).

De la Maza, Francisco, *El guadalupanismo mexicano*, Porrúa y Obregón, 1953 (México y lo mexicano).

Fernández del Castillo, Francisco y otros, *México y la Guadalupeana. Cuatro siglos de culto a la patrona de México*, México, 1931.

Icaza, Xavier, *Retablo de Nuestra Señora de Guadalupe*, México, Editorial Cultura, 1931.

— *De Chalma a los Remedios*, México, Ediciones Andrea, 1963 (Los presentes, 94).

Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, trad. Ida Vitale, México, FCE., 1977.

Xirau, Ramón, *Xavier Icaza. Homenaje de la SEP*, México, SEP, 1976.